



Cruzar fronteras culturales



LA TRADUCCIÓN DE LA LITERATURA ALEMANA EN COLOMBIA

KATHRIN SEIDL-GÓMEZ

TRADUCCIÓN DE
PABLO ROMÁN, JUAN CAMILO
BRIGARD Y SANTIAGO OSPINA

El ensayista alemán Ernesto Volkening desembarcó en Colombia en 1934, huyendo de Alemania por temor a la persecución política del nazismo. Era entonces un desconocido abogado de veintiséis años, recién graduado, sin un peso en el bolsillo, con ojo perezoso y una marcada preferencia por los blazers color gris ratón. Este ensayo examina el modo en que Volkening transfirió, trasladó e inscribió su cultura de origen en el panorama literario colombiano y evalúa la consiguiente hibridación de los sujetos de su escritura. Propongo que Volkening, más que hacer “colombiana” la literatura alemana (según se ha dicho), procuraba conceptualizar una identidad cultural alemana que pudiera enmarcarse positivamente en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la Shoah. Esta era una tarea intrínsecamente vinculada a su experiencia en el exilio. En su casa adoptiva, Bogotá, su vida como escritor exiliado requería de actos cotidianos de traducción cultural y lingüística de sí mismo y fomentaba una actitud de exacerbada atención frente a su propio legado cultural. Estas condiciones se reflejan en la obra de Volkening en el esfuerzo permanente por lograr lo que él consideraba una representación adecuada de su cultura de origen, una imaginería característica y un sistema de referencias culturales, todo en un nuevo marco interpretativo y, lo que es más notable, en un nuevo idioma, el español.

A lo largo de cuatro décadas, los ensayos de Volkening evidencian rastros de procesos de hibridación y aculturación, y pareciera que hay un cambio progresivo en la manera en que mostraba la literatura alemana a su audiencia. Nuevas capas de sentido se acumulaban con la elección de determinados modos de representación, con la inclusión o exclusión de perspectivas históricas o con la inserción de frases en alemán en textos escritos en español, al tiempo que se reflejaba la naturaleza híbrida y mutable de su autor. Como vocero cultural, Volkening adquirió una influencia duradera y contribuyó a configurar la imagen que se formaron sobre la literatura alemana académicos, escritores, intelectuales y otros miembros de la clase media educada de Colombia. Su obra, más que ninguna otra, ofrece una muestra de la diseminación y la representación de la literatura alemana en Colombia durante el siglo xx.

Permítanme indicar algunas etapas significativas de la formación personal y profesional de Volkening, de donde se podrá derivar una comprensión de los alcances de su obra y del talante de la imagen de la literatura alemana que divulgó.

Hijo de padres alemanes, Volkening nació en Amberes en 1908. Vivió durante su niñez en esta ciudad cosmopolita y plurilingüe y tuvo que abandonarla por las perturbaciones de la Primera Guerra Mundial. A partir de 1916 residió en varias ciudades alemanas (Bormes, Fráncfort, Berlín, Erlangen, entre otras), lo cual le permitió conocer de cerca la narrativa nacional alemana y marcó decisivamente su visión de la historia y la identidad alemanas. A finales de los años veinte y principios de los treinta, Volkening fue testigo en estas ciudades de un antisemitismo desbordado, de actos de violencia callejera, del ascenso de Hitler al poder y, en 1933, de las quemaduras de libros en la plaza pública, que marcaban palpablemente el parte aguas político que separaba a la democracia de la República de Weimar del régimen totalitario del Nacionalsocialismo. Este joven estudiante de derecho que se proclamaba marxista se halló pronto “con un pie en el campo de concentración, y con el otro allende en la frontera”, según recordaría años más tarde. Siguiendo una predilección por América del Sur que su padre le había infundido desde la niñez, Volkening decidió emigrar a Colombia en 1934.

Allí se mantuvo a flote con los escasos ingresos que recibió como secretario privado, como hombre de negocios desafortunado, como traductor y, ocasionalmente, como editor de diversas revistas. A pesar de las dificultades económicas, Volkening abrazó su nueva vida, se aplicó con gran diligencia a perfeccionar su español y empezó a escribir, movido, al parecer, por el deseo de aliviar la disrupción producida por el exilio —que puede verse como una cesura existencial— y para reforzar las continuidades entre su vida pasada en Europa y su existencia en Bogotá. Desde el primer año de su migración, Volkening trató sobre la literatura y la cultura de su lugar de origen en aforismos, bosquejos y ensayos, y se ocupó en la elaboración de un discurso narrativo sobre la *Heimat* (el hogar), la pertenencia nacional y la identidad cultural.



Librería Buchholz, Avenida Jiménez de Quesada 8-40 en Bogotá en los años setenta. Fotografía tomada de Godula Buchholz, *Karl Buchholz. Buch- und Kunsthändler im 20. Jahrhundert* (Köln: DuMont, 2005), 189. Publicada en Seidl Gómez, Kathrin. *The Creativity of Displacement: Ernesto Volkening, an Essayist and Cultural Translator in Colombia, 1934-1983*.

En 1947, por invitación de su amigo Álvaro Mutis, Volkening incursiona en los círculos de escritores e intelectuales de Bogotá con la publicación en la revista *Vida* de su primer ensayo en español. A partir de entonces, Volkening siguió publicando en revistas literarias y culturales locales, y en los años cincuenta y sesenta llegó a ser presentador de un programa semanal de radio sobre cine en la estación de la Radiodifusora Nacional de Colombia. Pero lo más decisivo para su papel único y su amplia influencia como mediador cultural fue su colaboración con la revista *Eco: Revista de la Cultura de Occidente*, que comenzó en 1962. Volkening publicó más de cien ensayos y sesenta y una traducciones de poesía y prosa alemana en *Eco* y fue el colaborador más prolífico de la revista en sus veinticuatro años de existencia. Otro inmigrante, el librero y comerciante de arte Karl Buchholz, la había fundado en 1960 en Bogotá con el propósito de “introducir en el mundo de habla hispana a esos pensadores y escritores de la lengua alemana que serían recibidos con interés y cuyos textos no se conseguían en español o se conseguían sólo difícilmente”, según palabras de Juan Gustavo Cobo Borda, uno de sus editores. Dado que una parte considerable de *Eco* estaba conformada por “ecos” en la forma de traducciones de ensayos críticos y obras literarias cortas escritas en alemán (que los editores consideraban, de manera no poco problemática, como constitutivas en grado sumo de la cultura occidental), las múltiples contribuciones originales de Volkening son particularmente significativas.

Eco fue distribuida en toda Colombia, lo mismo que en la mayoría de países suramericanos de habla hispana, y así Volkening alcanzó una audiencia mayor a la que había tenido jamás. Allí publicó ensayos sobre figuras canónicas como Hölderlin y Goethe, pero también sobre escritores prácticamente desconocidos por fuera de Alemania, como Karoline von Günderrode, Robert Walser y Marie Luise Kaschnitz. Volkening discutía acerca de hechos históricos, arte, filosofía y psicoanálisis (escribió, por ejemplo, sobre

Como vocero cultural, Volkening adquirió una influencia duradera y contribuyó a configurar la imagen que se formaron sobre la literatura alemana académicos, escritores, intelectuales y otros miembros de la clase media educada de Colombia. Su obra, más que ninguna otra, ofrece una muestra de la diseminación y la representación de la literatura alemana en Colombia durante el siglo xx.

Sigmund Freud, Carl Jung y Ernst Bloch); demostró además un interés perdurable en la obra de otros exiliados, aunque, de manera notable, no en la de escritores que, como él, huyeron del nazismo. A comienzos de los años setenta, Volkening fue nombrado editor de *Eco*, lo cual le dio un margen más amplio para configurar la revista como un todo. En los ensayos en que presentaba a algún escritor alemán comenzó a agregar de manera regular la traducción de un extracto de su obra, y, por lo general, estas muestras hacían posible el único encuentro de primera mano de su audiencia con aquella literatura, de la cual no existían más traducciones.

El público colombiano acogió la literatura europea. La literatura alemana en particular gozaba de un constante interés en los ambientes educados desde 1890. Sin embargo, en comparación con la situación de los expatriados alemanes y críticos literarios en Buenos Aires, Río de Janeiro, México D.F. o Nueva York, Volkening desarrolló su labor en Bogotá en relativa marginación. A pesar de estos obstáculos, él permaneció sorprendentemente bien enterado y reaccionó con aguda perspicacia a los desarrollos de la escena literaria de Alemania. A lo largo de su obra, él logró incluir nuevas referencias lingüísticas y culturales en el discurso literario que recibía mediante el uso

de expresiones alemanas y figuras retóricas que fungían como herramientas analíticas (un ejemplo de esto sería el uso del verbo en alemán “verstehen” [entender] para descifrar un texto de Kafka, o la incorporación de citas de Goethe sin traducir, el “Dichterstürm” alemán —el Príncipe entre los Poetas— dentro de su escritura). Volkening trasladó los sujetos de su escritura no solo a través de espacios lingüísticos, culturales y geográficos, sino también a través de considerables divisiones temporales. Para él era de suma importancia que el intercambio cultural fuera relevante para su audiencia y que la obra encontrara puntos de referencia en el presente y el pasado. Haciendo eco de tendencias transnacionales, Volkening escribió tempranamente sobre autores que se volverían figuras de culto del feminismo alemán, como Ingeborg Bachmann y la redescubierta Karoline von Günderode. También escribió sobre autores, por ejemplo, después de que hubieran obtenido protagonismo gracias a un premio literario importante o un aniversario. De todas maneras, Volkening guardó una llamativa distancia de escritores famosos que estuvieran activamente involucrados en la política de turno y en la *Vergangenheitsbewältigung*, la reconciliación con la Shoah o con el Tercer Reich. Vale resaltar que pasó completamente por alto, entre otros, a Günter Grass, Peter Weiss o Rolf Hochhuth, quienes abordaban explícitamente esos eventos tan decisivos en

la historia, la política y la identidad nacional alemana contemporánea. Además, nunca analizó la literatura escrita en el exilio causado por el nacionalsocialismo, literatura que contiene obras tan influyentes como las escritas por Anna Seghers y Bertolt Brecht. Las preguntas que estos autores buscaban en su escritura no solo eran fundamentales para entender el discurso público de aquellos años en Alemania, sino que también hacían énfasis en las dinámicas sociales, éticas y de derechos humanos y justicia. La aproximación de estos autores pudo haber resonado con inquietud en una sociedad asolada por una guerra civil y la violencia salvaje, motivo por el cual ellos mismos plantearon críticas sociales bastante contemporáneas.

Y, sin embargo, Volkening no encontró los puntos convergentes entre la cultura de origen y la cultura de destino en la capacidad de la literatura para comentar eventos históricos específicos ni en el papel de la literatura como una forma de activismo político y social. Por el contrario, él se enfocó en la capacidad de la literatura de servir como un portador de conocimiento sobre la vida y la convivencia, en la literatura como un campo de juegos experimental y como un medio de aprender sobre los diferentes designios de la vida, sus sistemas de valores y maneras de pensar. Muchos escritores a los que él admiraba eran de la época romántica y, más en general, de años previos a la Primera Guerra Mundial. Volkening usó a esos escritores para crear una imagen de la cultura alemana en la que la ética y la estética convergían y que pudiera usarse para superar un presente histórico que, saturado de violencia y atrocidades, aparentemente rechazaba las posibilidades de una identificación positiva.

Notablemente, Volkening creó para su audiencia colombiana un doble de los sujetos originales, doble que —dentro de un nuevo marco de referencia— adquirió un significado adicional y sirvió para configurar una imagen redentora de la identidad nacional y cultural alemana. Reminiscente de las observaciones de Freud en su ensayo “Das Unheimliche” (“Lo siniestro”, 1919),

Desde el primer año de su migración, Volkening trató sobre la literatura y la cultura de su lugar de origen en aforismos, bosquejos y ensayos, y se ocupó en la elaboración de un discurso narrativo sobre la *Heimat* (el hogar), la pertenencia nacional y la identidad cultural.

los actos de duplicación de Volkening estaban provocados por la experiencia traumática del exilio personal e incorporaban los eventos históricos catastróficos de la Segunda Guerra Mundial y la Shoah. Aún más, dichos actos tenían lugar en un periodo muy volátil, dentro de La Violencia en Colombia —y también luego de ella—. Volkening vinculó a la literatura alemana un discurso narrativo que era transformativo e inherentemente extraterritorial. Su escritura extraterritorial, así como su condición de exiliado, estaban íntimamente relacionadas con un espacio al que él se refería como *intermediary realm* (reino intermedio) entre Europa y América del Sur, un espacio que “pertenece a ambos [‘el Viejo Mundo de donde vine y el llamado Nuevo Mundo a donde fui’] sin ser idéntico con ninguno de los dos” (Volkening, 1980. “De mis cuadernos II”, *Eco* 36 (221): 465). Según Volkening, ese espacio surgió de la tensión causada por haber dejado Europa sin haber cerrado una etapa previa y por vivir en el exilio “sin haber echado raíces” (como solía decir). Eso lo volvió un *Grenzgänger* cultural permanente (alguien que cruza fronteras) que se involucró con su cultura como extranjero y como nativo. Volkening creía que esta condición era la causa de su permanente “papel de mediator de su actividad literaria”. En su diario, él asimila este espacio ideal a un “sexto continente”, pero le añade una salvedad reveladora: “En la terminología de mi ‘sico-geografía’ particular, esa cosa inmaterial, cosida con hilos de ensueño y telarañas podría llamarse el ‘sexto continente’, si no tuviera tanto de archipiélago, hasta de condición anfíbia en la que por partes iguales participan ambos hemisferios —y el mar, amigos, el mar!” (467-468).

El énfasis en el estado anfibio resalta el poder transformador de la influencia de las culturas europeas y suramericanas en la obra de Volkening, y la dinamización y la inestabilidad del conocimiento que resulta de esa mezcla. La base estable sobre la que residía el pensamiento occidental desde Aristóteles hasta Kant comenzó a

tambalearse con Nietzsche, cuyas frecuentes metáforas del mar reflejan el poder subversivo de su filosofía. Volkening, un ávido lector de Nietzsche, evoca estas referencias y subraya su gran importancia en cuanto a su proclama concluyente. La inestabilidad del conocimiento es la condición básica de vivir en el exilio. Ella resulta del encuentro de dos culturas, del enfrentamiento con una segunda perspectiva, y genera escepticismo frente al significado de las acciones de uno mismo. El pasaje anterior puede leerse como una manifestación subyacente de la conciencia que tenía Volkening de que escribir sobre su cultura —como el trazado de los contornos de una isla— es casi nada, solo una imagen instantánea de su sujeto, definida desde cierto ángulo (tiempo y lugar), un lente de investigación (en el caso de Volkening, su visión humanística del mundo) y una motivación específica. Hay una conciencia del poder manipulativo de las representaciones culturales, el cual se vuelve un conjunto artificialmente construido de alambiques.

El “sexto continente” de Volkening da lugar a un espacio de acción intercultural para negociar el significado y la identidad, que solo se hacen visibles en el momento de su enunciación. Su “sexto continente” es el híbrido y el espacio que hibrida, donde Volkening creó las representaciones de la literatura alemana que le transfirieron una imagen al público colombiano que le hacía justicia a la homogénea cultura literaria alemana (notablemente, excluyendo los temas controversiales y candentes de su tiempo, o haciendo mínimas referencias a estos). Juan Gustavo Cobo Borda valoró a Volkening por haber hecho a escritores como Hugo von Hofmannstahl o Kleist virtualmente colombianos; gracias a las traducciones de Volkening, Cobo Borda sostiene que ahora esos escritores parece que fueran nuestros. Jorge Rufinelli escribe en 1978 sobre los dos volúmenes de la colección de ensayos de Volkening que permitieron disfrutar un universo que de otra manera habría sido inaccesible a la mayor parte de los lectores colombianos. Volkening logró esto

concentrándose en algunas de las características de la literatura mencionadas arriba y escribiendo en contra de lo que consideró el pecado capital de cualquier acto de representación cultural: la reducción del sujeto a un fenómeno que podría ser usado para fines nacionalistas. Por ejemplo, celebró al poeta Friedrich Hölderlin como uno de los pilares de la identidad cultural alemana (hasta el punto de diseñar una edición especial de *Eco* dedicada a Hölderlin en 1970); sin embargo, escribe que Hölderlin es lo que Nietzsche llama un “acontecimiento europeo” —“sin dejar de ser alemán”—. Volkening procede a acusar los intentos históricos de convertir a Hölderlin en “un fenómeno nacional, por no decir provinciano, de las dimensiones de un archigermano poeta de buhardilla” —algo de lo que explícitamente acusa a las políticas culturales nacionalsocialistas y a la recepción de Heidegger por parte de Hölderlin—. Volkening desvincula los escritores alemanes como Hölderlin de una tipificación nacional y le da un giro recursivo al concepto de pertenencia nacional al usar a los mismos escritores, sorprendentemente, para retratar lo que él entendía como una genuina identidad cultural alemana. Volkening los usa en su forma híbrida —como figuras europeas, e incluso como figuras transnacionales que trascienden los confines del Viejo Mundo— para retratar la cultura literaria alemana como cosmopolita e inclusiva, a la cual avalúa en su condición híbrida que invita a un compromiso intelectual más profundo y a contemplar los conceptos de la vida y los modelos de interacción pública y privada.

De una forma subversiva, Volkening redime la cultura alemana de las sombras aterradoras de la Segunda Guerra Mundial y de la Shoah al regresar a los valores humanistas y a los principios de la Ilustración. Sus ensayos exploran la nueva formación de la cultura alemana después de 1945 basados en la convergencia entre ética y estética; el compromiso crítico con la literatura era para Volkening una forma de vivir y pensar éticamente. Volkening suple una noción positiva de la cultura alemana, que después de su

historia reciente de voluntaria complicidad de lo nacional (*völkische*) y de los fines nacionalsocialistas pudo haber sido considerada, de otra manera, inexpiable. No es un espejo perfecto del paisaje literario de su tiempo, de los discursos que eran el centro de los acalorados debates públicos y académicos; por el contrario, el trabajo de Volkening disputa y expande los términos y territorios de lo que se entiende por “alemán” como denominador cultural. Sin lugar a dudas lo podríamos acusar de evadir las confrontaciones intelectuales y políticas que su tiempo requerían, e instigar y asistir en su lugar a una noción conservadora de la cultura.

Sin embargo, en conclusión: la relativa y autorreflexiva rearticulación de Volkening a su cultura de origen también desestabilizó esencialmente la noción de una cultura nacional alemana y presentó una respuesta indirecta a preguntas aparentemente rechazadas, al dar un giro al autárquico reino del arte. De la misma manera, la escritura de Volkening llama la atención sobre la artificialidad de representaciones culturales y denota no solo los deseos del traductor, como la necesidad de reconstruir un hogar en el exilio, o atenerse a valores y principios constitutivos de la identidad, sino además la intrínseca maleabilidad e hibridez de las culturas. Volkening y *Eco* muestran, como representantes de la cultura de la posguerra alemana, una mezcla peculiar de progresismo y de una problemática actitud en lo referente a una abstinencia política y un conservadurismo cultural. Un conservadurismo que se esforzaba por forjar una continuación de la cultura literaria alemana del siglo XIX y de los valores humanistas para retratar una “mejor” Alemania (como era habitual en comunidades en exilio) y proveer por medio de una cultura literaria una brújula moral para el presente y el futuro. ■

Kathrin Seidl-Gómez (Alemania)

Directora del programa de Lengua Alemana de la Universidad de Brandeis y profesora asistente de alemán. Su tesis de doctorado *The Creativity of Displacement* se centra en la labor de Volkening como ensayista y traductor cultural.